

# PHILIP K. DICK

Mary y el gigante



Mary Anne Reynolds es una joven vulnerable que está decidida a abrirse paso en la vida a su manera, pero Pacific Park, a principios de los años cincuenta, con su rígida actitud moralista respecto a las costumbres sexuales y sus prejuicios raciales, no ofrece muchas oportunidades ni tampoco le permite mucha libertad de movimiento.

Hoy día, por fin se reconoce a las novelas de corte más clásico de Philip K. Dick como parte de lo mejor de su obra, y *Mary y el gigante* es una de las mejores dentro de ese conjunto. La parte de California formada por los pueblos y las ciudades pequeñas queda reflejada de un modo sutil pero poderoso, y Mary Anne Reynolds es uno de los personajes más convincentes y empáticos que jamás llegó a crear.

## Uno

A la derecha del coche, que avanzaba a buena velocidad, más allá del arcén de la autopista, había un rebaño de vacas. Un poco más allá se veían otras cuantas formas más tendidas en el suelo, medio escondidas por la sombra de un granero. En un costado del granero había un viejo cartel de Coca-Cola visible a duras penas.

Joseph Schilling, sentado en la parte trasera del coche, metió una mano en el bolsillo donde llevaba el reloj de oro y lo sacó. Lo abrió con un movimiento hábil de la uña y miró la hora. Eran las dos y cuarenta de la tarde en mitad del caluroso verano de California.

—¿Cuánto falta? —preguntó con cierto disgusto.

Estaba cansado del traqueteo del coche y del continuo paisaje de tierras de labranza que se veía por la ventana. Encorvado sobre el volante, Max gruñó sin girar la cabeza:

—Diez minutos, quince como mucho.

—¿Sabes a lo que me refiero?

—Te refieres a esa ciudad que marcaste en el mapa. Quedan unos diez o quince minutos para llegar. Vi una señal indicando el kilometraje en el último puente.

Aparecieron más vacas, y con ellas, más campos secos. La lejana neblina de las montañas se había asentado poco a poco en las profundidades de los valles a lo largo de las horas anteriores. Dondequiera que Joseph Schilling mirara, la neblina se extendía con placidez ocultando las colinas y los pastizales resecos, las diversas huertas frutales, y alguna que otra granja. Y justo enfrente, las afueras de la

ciudad: dos vallas publicitarias y un puesto de huevos frescos. Se alegró de ver que ya llegaban.

–Nunca habíamos pasado por aquí –dijo–. ¿Verdad que no?

–Lo más cerca que hemos estado es en Los Gatos, en esas vacaciones que te tomaste en el 49.

–Nada se puede hacer más de una vez –dijo Schilling–. Deben encontrarse cosas nuevas. Como diría Heráclito, el río siempre es distinto.

–A mí todo me parece lo mismo. Todos estos campos de cultivo –Max señaló a un rebaño de ovejas agrupado bajo un roble–, esas ovejas de ahí... Llevamos todo el día pasando a su lado.

Schilling sacó del bolsillo interior de la chaqueta un cuaderno de cuero negro, una pluma estilográfica y un mapa doblado de California. Era un individuo grande, a finales de los cincuenta. Las manos que aferraban el mapa eran enormes y amarillentas, con la piel rugosa y los dedos nudosos, y unas uñas gruesas hasta el punto de la opacidad. Llevaba puesto un traje de *tweed* áspero, un chaleco y una corbata de lana de tono oscuro. Los zapatos también eran de cuero negro, fabricados en Inglaterra, y estaban polvorientos por la suciedad de la carretera.

–Sí, vamos a parar –decidió tras guardar el cuaderno y la pluma–. Quiero pasar una hora echándole un vistazo a esto. Siempre existe la posibilidad de que este fuera el adecuado. ¿A ti qué te parecería eso?

–Bien.

–¿Cómo se llama la ciudad?

–Cruce de Muslos.

Schilling sonrió.

–No te hagas el gracioso.

–Ahí tienes el mapa, búscalo.

»Pacific Park. Situada en el corazón de la California rica. Solo dos días de lluvia al año. Posee su propia planta de fabricación de hielo –admitió Max malhumorado.

Ya habían llegado a la ciudad propiamente dicha, que se extendía a ambos lados de la carretera principal. Había puestos de fruta, una gasolinera de Standard, una tienda de comestibles aislada con coches aparcados en la parcela de tierra que había al lado. De la carretera partían caminos estrechos y llenos de baches. Las casas aparecieron a la vista cuando el Dodge se metió en el carril lento.

–Así que a esto lo llaman ciudad –dijo Max acelerando para girar a la derecha–. ¿Aquí? ¿O aquí? Decídetes.

–Conduce a través del barrio comercial.

El barrio comercial estaba dividido en dos partes. Una parte, orientada hacia la carretera y al tráfico que pasaba por ella, parecía consistir básicamente en comercios que te atendían sin bajarte del coche, en gasolineras y en restaurantes de carretera. La otra parte era el centro de la ciudad, y fue hacia allí donde Max dirigió el Dodge. Joseph Schilling, con el brazo descansando sobre el borde de la ventanilla abierta, lo observaba todo, atento y absorto, agradecido por la presencia de personas y tiendas, agradecido de que el campo abierto hubiera quedado temporalmente atrás.

–No está mal –admitió Max mientras pasaban por una panadería, una tienda de cerámica y enseres para la casa, una heladería moderna, y luego una floristería. Después vio una librería de adobe de estilo español, y luego una sucesión de casas semejantes a los ranchos de California. Finalmente, las casas se quedaron atrás y apareció una estación de servicio de la que se salía de vuelta a la carretera estatal.

–Para ahí –le indicó Schilling.

Era un edificio blanco sencillo con un cartel pintado que chirriaba movido por el viento de la tarde. Un negro ya se había levantado de una tumbona de lona, y tras dejar la revista que estaba leyendo, se acercó a ellos. Llevaba un uniforme almidonado con la palabra «Bill» bordada en la pechera.

—El lavacoches de Bill —dijo Max mientras echaba el freno de mano—. Vamos a bajar; tengo que echar una meada.

Joseph Schilling abrió la puerta del coche con cierta rigidez y con gesto de cansancio para salir al asfalto. Se vio obligado a evitar los paquetes y cajas que llenaban la parte trasera del coche para hacerlo; una caja de cartón cayó rebotando sobre el estribo del coche y se agachó con esfuerzo para recuperarla. Mientras tanto, el negro ya se había acercado a Max y lo saludaba.

—Ahora mismo lo atendemos. Ya puede meterlo, señor. Ya he llamado a mi ayudante. Se estaba tomando una CocaCola.

Joseph Schilling comenzó a caminar por el lugar ejercitando las piernas y frotándose las manos. El aire olía bien; a pesar de estar caliente, carecía del ambiente cerrado del coche. Sacó un puro, cortó el extremo y lo encendió. Estaba aspirando el humo azul oscuro y echando bocanadas aquí y allá cuando el negro se le acercó.

—Está en ello ahora mismo —le dijo.

El Dodge, impulsado hacia el interior del túnel de lavado, había desaparecido dentro de las oleadas de líquido detergente y agua caliente.

—¿No lo haces tú? —quiso saber Schilling—. Ah, ya veo; tú eres el encargado.

—Yo estoy a cargo, sí. Soy el dueño del lavacoches.

La puerta del baño de hombres estaba abierta; allí dentro, Max orinaba agradecido mientras murmuraba algo.

—¿A cuánto está San Francisco de aquí? —quiso saber Schilling.

—Bueno, a unos ochenta kilómetros, señor.

—Demasiado lejos para ir y volver a un trabajo.

—No, sí, sí que lo hacen algunos. Pero esto no es un barrio residencial. Es una ciudad por derecho propio. —Señaló las colinas cercanas—. Hay mucha gente jubilada. Vie-

nen por el clima. Se sienten a gusto, y se quedan –Se dio unos golpecitos en el pecho–. Es un tiempo seco agradable.

Varios grupos de estudiantes de instituto deambulaban por las aceras y por el césped del parque de bomberos, o se apiñaban delante de las ventanas de servicio de la cafetería que estaba un poco más lejos, al otro lado de la calle. A Schilling le llamó la atención una chica muy joven que llevaba puesto un jersey rojo. Bebía algo a sorbos de una taza de cartón rígido, con una mirada ausente en sus grandes ojos, mientras el viento le agitaba el cabello negro. La observó hasta que ella se dio cuenta de que la estaba mirando, entonces se volvió y se echó a un lado en un gesto defensivo.

–¿Todos son estudiantes de instituto? Algunos parecen mayores para serlo –preguntó Bill.

–Todos son estudiantes de instituto –le aseguró el negro con el tono de voz de un buen ciudadano–. Acaban de dar las tres de la tarde.

–Es el sol –comentó Schilling a modo de chiste–. Tenéis sol casi todo el año. Eso hace que las cosas maduren antes.

–Sí, tenemos cosechas a lo largo de todo el año. Albaricoques, nueces, peras, arroz... La vida aquí está muy bien.

–¿Sí? ¿Te gusta esto?

–Mucho –respondió el negro asintiendo–. Viví en Los Ángeles durante la guerra. Trabajaba en una fábrica de aviones. Iba en autobús al trabajo. Una lata... –añadió con una mueca de desagrado.

–Y ahora tienes tu propio negocio.

–Me cansé de todo aquello. He vivido en muchos sitios diferentes y luego me vine aquí. Ahorré durante toda la guerra para abrir el lavacoches. Me hace sentir bien. Vivir aquí me hace sentir bien. Puedo descansar, más o menos.

–¿Te aceptan sin problema?

–Hay un barrio para la gente de color. Pero eso me vale; es lo más que puedes esperar. Al menos nadie te dice que no puedes venir a vivir aquí. Ya sabe.

–Sí, lo sé –respondió Schilling, sumido en sus pensamientos.

–Así que es mejor vivir aquí.

–Sí –afirmó Schilling mostrándose de acuerdo–. Así es. Mucho mejor.

Al otro lado de la calle, la chica se había terminado su refresco. Aplastó la taza de cartón con la mano y la dejó caer en la alcantarilla antes de reunirse con sus amigos. Joseph Schilling la estaba siguiendo con la mirada cuando Max salió del baño parpadeando por la luz del sol mientras se abrochaba los pantalones.

–Eh, eh –dijo Max en un tono de advertencia al ver la expresión de su rostro–. Conozco esa mirada.

–Es una chica excepcionalmente encantadora –respondió Schilling con un sobresalto culpable.

–Pero no es asunto tuyo.

Schilling se volvió hacia el negro.

–¿Cuál sería un buen lugar para pasear? –le preguntó –. ¿Allí arriba, por las colinas?

–Hay un par de parques. Uno de ellos está justo ahí, un poco más abajo. Se puede llegar andando. Es pequeño pero sombreado.

Les señaló la dirección, contento de ser útil, contento de poder servir al fornido señor blanco que iba bien vestido.

El fornido señor blanco bien vestido miró a su alrededor, con el puro entre los dedos. El movimiento de sus ojos le indicó al negro que estaba mirando más allá del lavacoches y de la heladería Foster's Freeze; estaba observando toda la ciudad. Estaba observando la zona residencial de fincas y mansiones. Estaba observando la zona de los barrios bajos, el hotel en ruinas y la tienda de puros. Estaba observando el parque de bomberos y la escuela

secundaria y también las tiendas modernas. Todo aquello estaba en sus ojos, como si lo hubiera absorbido simplemente con mirarlo.

Y al negro le pareció que el señor blanco había recorrido un largo camino para llegar a aquella ciudad. No había venido de cerca; ni siquiera había venido del Este. Quizá había venido tras recorrer todo el mundo; tal vez siempre estuvo acercándose, avanzando, de un lugar a otro. Era su puro: olía a extranjero. No lo habían hecho en Estados Unidos; venía de fuera. El señor blanco se quedó allí, emitiendo un olor extraño procedente de su puro, de su gastado traje de *tweed*, de sus zapatos ingleses, de sus puños franceses de oro y lino. Probablemente su cortador de puros plateado era de Suecia. Probablemente bebía jerez español. Era un hombre de y del mundo.

Cuando llegó, cuando condujo su Dodge negro de gran tamaño hasta el aparcamiento, no se llevó simplemente a él mismo a aquel lugar. Era mucho más grande que todo eso. Era tan inmenso que se alzaba por encima de todo, incluso mientras estaba de pie y escuchando, incluso mientras tan solo estaba fumándose su puro. El negro nunca había visto una cara tan imponente; estaba tan lejos que no tenía mirada, ni expresión. No tenía amabilidad ni mezquindad; era simplemente una cara, una cara infinita por encima de él, con un puro humeante, una cara que se extendía por todo el mundo a su alrededor y al de su ayudante. Un individuo que llevaba todo el universo exterior a la pequeña ciudad de Pacific Park en California.

Joseph Schilling paseaba tranquilamente por el camino de grava, con las manos en los bolsillos y disfrutando de la actividad que había a su alrededor. En un estanque, los niños le tiraban pan a un pato regordete. En el centro del parque había un quiosco de música, pero sin nadie dentro. Los ancianos se sentaban aquí y allá, lo mismo que las

madres jóvenes con mucho pecho. Los árboles eran pimenteros y eucaliptos, y daban una amplia sombra.

–Holgazanes –comentó Max siguiéndolo mientras se secaba el sudor de la cara con un pañuelo de bolsillo–. ¿Adónde vamos?

–A ninguna parte –respondió Schilling.

–Vas a ponerte a hablar con alguien. Te vas a sentar y hablar con uno de estos vagos. Hablarás con cualquiera. Si hasta hablaste con ese negrata.

–Creo que ya me he decidido –replicó Schilling.

–¿Ah, sí? ¿Sobre qué?

–Nos estableceremos aquí.

–¿Por qué? –quiso saber Max–. ¿Por este parque? Hay uno igual en cada ciudad por todo el...

–Por esta ciudad. Aquí hay todo lo que quiero.

–Como chicas con grandes tetas.

Habían llegado al límite del parque. Schilling salió a la acera y cruzó la calle.

–Puedes ir a tomarte una cerveza, si quieres.

–¿Adónde vas? –preguntó Max con suspicacia.

Delante de ellos había una fila de tiendas modernas. En el centro del bloque se anunciaba una oficina inmobiliaria. El letrero mostraba los nombres «GREB Y POTTER».

–Voy a entrar ahí –respondió Schilling.

–Piénsatelo bien.

–Ya me lo he pensado bien.

–No puedes abrir tu tienda aquí; no ganarás dinero en una ciudad como esta.

–Puede que no –dijo Schilling distraídamente–. Pero... me puedo sentar en el parque y darle de comer pan al pato –Sonrió–.

–Te veré en el lavacoches –replicó Max, y se marchó con paso resignado hacia el bar.

Joseph Schilling se detuvo un momento y luego entró en la oficina inmobiliaria. La gran estancia única era oscura y fresca. Un mostrador largo ocupaba por completo uno

de los lados. Detrás, en un escritorio, estaba sentado un individuo joven y alto.

–¿Sí, señor? –inquirió el joven, pero sin hacer ademán alguno de levantarse–. ¿Qué puedo hacer por usted?

–¿Se dedican a los alquileres de tiendas?

–Sí.

Joseph Schilling se dirigió al final del mostrador y miró un mapa mural del condado de Santa Clara.

–Déjeme ver qué pueden ofrecerme. –Entre sus dedos apareció el borde blanco de su tarjeta de visita–. Soy Joseph R. Schilling.

El joven se había puesto de pie.

–Soy Jack Greb. Encantado de conocerlo, señor Schilling. –Extendió la mano con cautela–. ¿Propiedades comerciales? ¿Está buscando un contrato de arrendamiento a largo plazo en un punto de venta minorista?

De debajo del mostrador sacó un libro grueso con el lomo reforzado y lo dejó abierto ante él.

–Sin mobiliario –añadió Schilling.

–¿Es usted comerciante? ¿Tiene la licencia para ventas minoristas de California?

–Estoy metido en el negocio de la música. –Luego agregó–: Solía trabajar en lo que era el departamento de publicidad; ahora he decidido probar suerte en la venta minorista de discos. Siempre ha sido algo parecido a un sueño para mí: tener mi propia tienda.

–Ya tenemos una tienda de discos –le comentó Greb–. Hank's Music Bar.

–La mía será algo diferente. Será de música para entendidos.

–Se refiere a música clásica.

–A eso me refiero.

Greb se humedeció el pulgar y comenzó a pasar las rígidas páginas amarillas del libro.

–Creo que tenemos el lugar perfecto para usted. Una bonita y pequeña tienda, muy moderna y limpia. Fachada

inclinada, iluminación fluorescente, construida hace tan solo un par de años en la calle Pine, justo en el corazón del distrito comercial. Antes era una tienda de regalos. Un hombre y su esposa, una pareja de mediana edad. Él lo vendió todo cuando ella murió. De cáncer de estómago, según tengo entendido.

–Me gustaría ver el lugar –dijo Joseph Schilling.

Greb le sonrió con gesto amable desde el otro lado del mostrador.

–Y a mí me gustaría mostrárselo.

## Dos

En el borde de la plataforma de carga de hormigón de California Readymade Furniture, una furgoneta de transporte urgente estaba siendo cargada con pilas de sillas cromadas. Otra furgoneta, esta de reparto, esperaba su turno para ocupar su lugar.

El encargado de los envíos, vestido con unos vaqueros desteñidos y un mandil de tela, se dedicaba a montar con gesto ausente una mesa cromada. Dieciséis remaches fijaban la tapa de plástico en su lugar; siete remaches impedían que las patas metálicas huecas se soltaran.

–Mierda –exclamó.

Se preguntó si alguien más en el mundo estaba montando muebles cromados. Pensó en todas las cosas imaginables que la gente podía estar haciendo. En su mente apareció la imagen de la playa de Santa Cruz, la imagen de las chicas en traje de baño, de botellas de cerveza, de habitaciones de motel, de radios emitiendo jazz suave. El dolor fue demasiado intenso. De repente, se acercó al soldador, quien se había levantado la visera de la máscara protectora y estaba buscando más mesas.

–Esto es una mierda –le dijo el encargado de los envíos–. ¿Lo sabes?

El soldador sonrió, asintió y esperó.

–¿Has terminado? –quiso saber el encargado–. ¿Quieres otra mesa? ¿Quién puñetas querría tener una de estas mesas en su casa? Yo no les haría sitio ni en el cuarto de baño.

Una de las patas relucientes se le deslizó entre los dedos y cayó al suelo de hormigón. El encargado soltó una palabrota y la mandó de una patada junto al resto de la basura que había debajo de su mesa de trabajo, entre los pedazos de cuerda y los trozos de papel de estraza. Se había agachado para sacarla de allí cuando la señorita Mary Anne Reynolds apareció con más hojas de pedidos listas para que las tramitara.

—No deberías haber hecho eso —le dijo, sabiendo que se lo podía oír en la oficina.

—A la mierda la pata —replicó el encargado abandonando el rescate y cogiendo una nueva—. Sostenme esto, ¿vale?

Mary Anne dejó los papeles a un lado y sostuvo la pata mientras él la atornillaba a la estructura de la mesa. Le llegó el olor de su infelicidad, un leve olor, acre, como el de un sudor que se hubiera agriado. Sintió pena por él, pero su estupidez la molestó. Llevaba así desde hacía año y medio, cuando ella empezó.

—Deja el trabajo —le dijo—. ¿Por qué seguir en un empleo que no te gusta?

—Cállate —le soltó el encargado.

Mary Anne soltó la mesa ya completada y observó al soldador fijar las patas en sus respectivos sitios. Disfrutaba del chisporroteo de las chispas: se sentía como si estuviera en los fuegos artificiales del 4 de julio. Le había pedido al soldador que la dejara probar el soplete, pero él siempre le sonreía y le decía que no.

—No les gusta cómo haces tu trabajo —le dijo al encargado—. El señor Bolden le dijo a su mujer que, a menos que mejores en tu rendimiento, no te va a mantener en el puesto.

—Ojalá estuviera todavía en el ejército —replicó el encargado.

No tenía sentido hablar con él. Mary Anne salió de la zona de trabajo con un revoloteo de la falda y regresó a la

oficina.

Sentado a su escritorio estaba el anciano Tom Bolden, el dueño de California Readymade, y frente a la calculadora, su esposa.

—¿Cómo va? —quiso saber Bolden cuando se dio cuenta de que la joven había regresado—. ¿Sentado y holgazaneando, como siempre?

—Trabajando mucho —dijo con lealtad mientras se sentaba frente a su máquina de escribir.

No le caía bien el encargado de los envíos, pero se negaba a involucrarse en su caída.

—¿Tienes esa carta de Hales? —preguntó Bolden—. Quiero firmarla antes de irme.

—¿Adónde vas? —inquirió su esposa.

—A San Francisco. Dohrmann dice que hay problemas en el último envío.

Encontró la carta y se la pasó al anciano para que la firmara. Había redactado una hoja impecable, pero no se sentía orgullosa por ello; los muebles cromados, la mecanografía y los problemas de unos grandes almacenes quedaban difusos hasta no tener sentido por el ruido de la calculadora de Edna Bolden. Se metió la mano bajo la blusa y se ajustó el sujetador. El día era caluroso y vacío, como siempre.

—Debería estar de vuelta sobre las siete —decía en esos momentos Tom Bolden.

—Ten cuidado con el tráfico —respondió la señora Bolden mientras le mantenía abierta la puerta de la oficina.

—Tal vez vuelva con un nuevo encargado de envíos. —Casi había salido, pero la joven llegó a oírlo—. ¿Habéis pasado alguna vez por aquí? Está asqueroso como una pocilga. Hay basura por todas partes. Me llevo el camión de los paneles.

—Vaya por El Camino —le sugirió Mary Anne.

—¿Qué? —Bolden se detuvo ladeando la cabeza.

—Por El Camino. Es más lento pero mucho más seguro.